

5 Semanas en Japón Melisa García Lueches



5 semanas en Japón. Cada una tan distinta en sus costumbres y tradiciones, en las personas que habitan allí, en las variadas maneras que tienen de relacionarse entre ellos y con sus tradiciones, pero sobretodo, en mi percepción de todo esto mientras cada semana pasaba, llegando a la ya conocida conclusión de que en todos lados hay de todo.

En estas 5 semanas que viví practicando aikido en Kobayashi dojo, fui recibida tan cálidamente por dicha familia que creo me hicieron posible la supervivencia al choque cultural que Japón me presentó. Familia en este caso fueron dueños de casa, hijas e hijos, senseis, uchideshi de ahora y de antes, practicantes. El aikido fue siempre más de lo imaginado, sintiendo que muchas de las cosas que andaban sueltas por ahí comenzaban a encajar unas con otras, algunas ideas que se redondeaban mientras otras se desfiguraban. Una que me gustó y no dejó de resonar: ante la repetición aparente de las técnicas y los movimientos, cada encuentro se crea en ese momento y con ese otro, recreando así eso que puede parecer tan repetitivo, tan siempre igual.

Y al terminar e irme, muchas maneras de hacer en Kobayashi dojo, dadas por sentadas, de repente dejaron de ser obvias y comenzaron a extrañarse: que cada sensei se dejara tirar al piso por cada persona, cada vez, y no sólo él tirara; que para cada nueva técnica a practicar todos saliéramos a buscar un nuevo compañero, ya que de eso también se trata el aikido, del encuentro con otro, y si el otro es siempre el mismo otro, poco de otro le empieza a quedar...

Y quizá, hay algo en este reconocer una manera de practicar que hace sentido en sí misma, que me hace, ahora, dejar de lado las largas críticas culturales que tiñeron las hojas de mi cuaderno estos días.

De cualquiera manera dejo aquí transcripciones de algunas de esas hojas, ya que fue principalmente lo que me sucedió en esta experiencia uchideshi:

no se besan y se dicen tímidos
pero a terminar el keiko,
la práctica,
carcajean balanceándose cual animé de miyasaki.
Parece que setiembre es el mes más caluroso,
Alejandro Sensei nos lo advirtió,



creo que nunca nos lo imaginamos así.
La toallita en el cuello es moneda corriente y
la ropa se lava todos los días.
no nos alcanzan los keiko gi
los “gi”.

Hoy es el segundo día y más que recordar, vivo ahora a pleno la enseñanza
que un día Polo nos dejó:
coman, duerman y caguen
cada vez que puedan ya que no sabrán cuando podrán volver a hacerlo.
Aunque la rutina aquí es clara, siempre hay más tareas.

Hace un par de días me mandaron cerrar las piernas como a una señorita;
fue el ápice del lado del odio,
en esta relación de amor-odio para con los japoneses.
También me hizo pensar en sacar la palabra –creo- de una idea de la que no
me estaba pudiendo deshacer: creo que desde mi perspectiva no los puedo
comprender, no puedo comprender esta cultura.
Esto fue unos días antes de terminar la segunda semana, que estaría
sucediendo justamente hoy.

El momento de las piernas fue todo un acontecimiento;
en medio de la práctica,
el sensei diciéndome eso;
y claro, no podía faltar la risa japonesa que los acompaña, que demasiado
seguido carga de un tono burlón.
Un tono burlón que me cuesta dejar de interpretar como un “no entendés nada,
boluda”.

A mi quizá apresurado entender, una risa con falta de tolerancia al no-japonés.



Esto junto a algunas otras cosas hizo que un
tinte a un imperialismo no tan lejano ni
olvidado, empezara a chorrearse por aquí y
por allá.

La que más resuena en mí:
la falta de interés hacia las ideas de una, hacia
lo que una puede proponer.
Se hace lo que alguien una vez dijo, y punto.

Ahora, estos dos (o tres) últimos días de la
segunda semana mi hicieron acordar que,
seguramente, como siempre, en todos lados
hay de todo.

Steven contándome que en su casa junto a su
esposa y su hija de 22 años, todos usan la

palabra –omai- cuando algo les gusta, antes presentada por Lin como sólo para uso de los hombres.

Parece que justo estuvimos los primeros 10 días siendo introducidos a Japón por una compañera con una manera tradicional de vivir al país y su cultura.

Pero también acá hay gente (joven) que hace de variadas maneras, que no respetan las palabras que deberían usar las mujeres,

siempre hiper formales y respetuosas,

ante las más relajadas y vulgares,

que parece que en un antes (que no deja de hacerse presente) estaban ahí,

existían solo para que los hombres hagan uso de ellas.

¡Y sí! ¡hay mujeres que muestran las piernas en el espacio público!

No es que me molestara ser la única en hacerlo en los vagones de tren transitados cada día...

Y no termino de saber qué es lo que me sorprendía, y aún

sorprende de esto, aunque ya empecé a visualizar más diversidad en las maneras de vestirse, y apenas en las de tocarse.

Creo que el hecho de que no haya una condición religiosa atrás, lo hace una sorpresa...el encontrarme, con tal relación entre hombres y mujeres, desde mi perspectiva enjuiciadora,

de subordinación e inferioridad,

implantada desde el lenguaje hasta en los tamaños de las tazas que cada uno usa para tomar té;

las casi inexistentes demostraciones de amor en el espacio público, y ni te digo de pieles.

Aunque, también me desconcierta, que en mí, una religión legitime todo esto más que una cultura. ¿Qué hay detrás de esto?

De cualquier manera, la tensión/relación entre el relativismo cultural y los derechos humanos ¿universales? sigue permaneciendo entre grandes signos de interrogación para mí.

¿es posible “largar la perspectiva”?

es la pregunta que se impregna en mi cuaderno luego de hablar con mi

hermano que me dice: “y...creo que hay que largar la perspectiva cuando uno está inmerso así...”

Definitivamente, y quizá, obviamente, las primeras semanas en Japón y lo que se nos presentó de este estaba siendo una muy pequeña porción.

Resulta que no solo nuestra compañera de residencia pero también la familia que nos hospeda tienen costumbres tradicionales japonesas.

Luego de enterarme de este contexto por Steven, Shany, Satchie, comenzar a subirme a los trenes en otros horarios y visitar un par de otros lugares que los

dos barrios residenciales donde vivimos y practicamos, la tercera semana fue una mezcla de alivio y decepción de mis propios pensamientos previos. Las piernas al aire con sus minifaldas en las liceales uniformadas empezaron a aparecer. A mis ojos una cierta libertad comenzó a entreverse... Y junto con ella, también ella en los avisos, reclames, revistas. También ella comenzó a vestirse de estereotipos, de personas-objeto. Las siluetas, las tetas, el deseo flechado. Y lejos estoy de saber qué relación hay entre estas dos, la libertad de expresión y la obscenidad de la comunicación, ¿o quizá hoy ya son lo mismo? Pero lo curioso aquí es que juntas comenzaron a develarse en las afueras de Tokyo este setiembre para esta extranjera.

